

La construcción social de las masculinidades*

Rosario Otegui

Para Miguel, que será un hombre distinto del siglo XXI.

En una entrevista realizada al conocido literato norteamericano Gore Vidal, el periodista, en un tono que pretende ser desafiante, le pregunta: ¿Su primera pareja fue hombre o mujer?. Con la lucidez y el sarcasmo que le caracterizan, el escritor contesta: «Por cortesía no se lo pregunté»¹

La anécdota viene a cuento porque refleja de manera paradigmática las propuestas que desde hace varias décadas vienen apareciendo con respecto a las identidades de género en diversas publicaciones de las Ciencias Sociales y significativamente en los estudios de género de la Antropología Social. De la misma manera en la que G. Vidal se ríe de la supuesta audacia de su interlocutor y, al hacerlo, pone el dedo en la llaga, subrayando la inexistencia de evidencias en cuestiones de identidad sexo-género; los cada vez más frecuentes y excelentes estudios sobre feminidades y masculinades (ver bibliografía anexa) se aplican a la difícil tarea de deconstruir, relativizar y complejizar, aquello que aparentemente, y desde la perspectiva del sentido común, adquiere el estatuto de lo real y natural: la existencia unívoca y universal de algo que pudiéramos rubricar bajo los rótulos de los siguientes binomios dicotómicos: *macho/hembra, hombre/mujer, masculino/femenino*. Dicotomías que, desde esta perspectiva, organizarían los supuestos niveles diferenciales y diferenciados en la construcción de las identidades de sexo-género.

Los más recientes estudios sociales y culturales sobre las identidades de género, precisamente ponen en entredicho las dicotomías anteriores. En primer lugar resaltando las diversidades por encima de las estériles convergencias de los binomios enfrentados. Y, en segundo lugar, discutiendo el encapsulamiento y priorización que supone el hacer unas distinciones en niveles que evocan la imagen de una estratificación que va de lo biológico –*macho/hembra*–, a lo construido de forma socio-cultural –*masculino/femenino*–, con una parada intermedia en la que de forma dialéctica se articulan e interactúan los datos naturales y los sociales –*hombre/mujer*–.

De manera resumida podríamos agrupar los puntos de discusión en torno a la construcción del complejo sexo-género en tres problemáticas:

1. Aquella que analiza e investiga las formas en las que las personas y los grupos incorporan las características de sexo socialmente construidas (sexual embodiment) y proceden a la *naturalización* de las mismas.

2. La que correlaciona las construcciones sociales de sexo-género con los contextos socio-históricos que les dan sentido y reproducen.²

3. Aquella que subraya la necesidad de mostrar la existencia en todo tiempo y lugar de identidades de género **diversas**. Construidas de forma **relacional**. Y a través de las cuales se pueden observar los procesos socio-históricos de hegemonización de unas específicas **relaciones de poder** (sexual empowerment).

Macho/hembra o la llamada de la selva

Una de las representaciones más enraizada en las formas de conceptualizar el mundo de la ideología moderna occidental es aquella en la que se subraya la existencia de una base de comportamiento que, lejos de responder a los imperativos de las formas sociales de construcción de la identidad social, constituye un nivel «primario», «primordial» de respuesta de los individuos que siguen la llamada de sus necesidades «biológicas» y «naturales». Es la ideología que sostiene que lo social y cultural moldean, a veces de forma inadecuada, aquello que forma la sustancia más profunda, sólida, inamovible, y universal del comportamiento humano; la que procede de los imperativos biológicos naturales y que determina de manera indisoluble las categorías de la identidad de sexo-género, entre otras.

Desde esta ideología, ampliamente asumida por las representaciones de sentido común y por algunos discursos «científicos» —los que están en la base de la sociobiología por ejemplo—, se asumen unos supuestos y unas prácticas en las que, aunque se relativizan algunos

de los componentes de las formas de identidad social, se dejan incólumes otras a las que se dota de una inmanencia derivada de su dependencia de lo biológico. El complejo sexo-género es precisamente una de las categorías identitarias que aparece como más directamente dependiente de los factores naturales y biológicos antes expresados.

Así se presenta como «natural» que en la especie humana los machos y las hembras se comporten de acuerdo con unas características primarias que son las propias de su condición sexual. Por su parte lo masculino y lo femenino no sería más que el desarrollo cultural y social, más refinado, de esos imperativos aparentemente naturales y primarios que sustentarían las formas prácticas de las relaciones sociales. El género se añade al sexo, para domeñarlo, socializarlo y permitir la vida en convivencia. Pero, desde esta ideología, no se pone de manifiesto que ya en la misma constitución de lo que consideramos características biológicas del sexo se están articulando formas simbólicas y prácticas de construcciones socioculturales. Las respuestas «instintivas» son fórmulas altamente sofisticadas de mundos simbólico-cognitivos. De esta forma, si el binomio macho/hembra y las identidades que supuestamente genera debe entenderse como la biologización de unas específicas categorías socioculturales, la dicotomía hombre/mujer se significa como el condensador de los elementos que cada cultura y sociedad extrae para configurar los caracteres estereotipados de sus modelos hegemónicos de vivir y construir los géneros. Las expresiones «es muy hombre», o «la mujer me gusta mujer» nos remiten a unos universos de significados ideológicos y prácticos en los que se nos está reafirmando la hegemonía de unos formas de «ser y estar» en el mundo [generizadamente] que implica la selección y priorización de unos valores y representaciones por encima de otros. Es por ello por lo que sostengo que las categorías del binomio hombre/mujer deben ser estudiadas en su complejidad y en su variabilidad histórico-cultural.

Propongo por tanto que empecemos a considerar que es precisamente la constitución sociocultural de las identidades de género la que está en la base de las formas aparentemente naturales de vivencia de los sexos. De tal forma que el comportamiento y la interioriza-

ción de la identidad del «macho»³ de la especie humana —con sus características de agresividad, incontinencia, primariedad, etc.—, lejos de ser el resultado de un destino biológico, sería la forma social en la que la sociedad occidental y algunas otras, constituyen una de las representaciones sociales de la masculinidad —que hasta hace poco tiempo ha sido hegemónica— y ello a pesar de la existencia de otras masculinidades alternativas y ocultadas.

Al deconstruir la dependencia de las identidades de género de las identidades de sexo, estoy subrayando la idea de la inexistencia de una *esencia natural y biológica* que se impondría como un destino a los sujetos sociales. Estoy asimismo destacando que para comprender el complejo sexo-género —como constructo sociocultural y sociohistórico— debemos abandonar las estériles dicotomías universalizantes y empezar a analizar las variadas formas por las que se interiorizan y encarnan (embodiment) las identidades de género que están altamente influidas por otras identidades sociales como son las de clase social, etnia, raza, etc.

Seguir discutiendo las categorías de macho/hembra, hombre/ mujer, masculino/femenino —y todo ello en singular— no es más que ceder a las ideologías del poder que al naturalizar los rasgos constitutivos de los comportamientos sociales trabaja de la forma más astuta y eficaz al conferir a las representaciones y prácticas identitarias de un componente de universalidad y ahistoricidad que, oscureciendo su dependencia de los contextos sociohistóricos de articulación y explicación, permiten la reproducción como «naturales» de unas relaciones sociales en la mayoría de las ocasiones profundamente desigualitarias.

P. Bourdieu (1990 págs. 11-12) lo ha descrito muy acertadamente cuando señala:

«A travers un travail permanent de formation, de Building, le monde social construit le corps, à la fois comme réalité sexuée et comme dépositaire de catégories de perception et d'appréciation sexuantes, qui s'appliquent au corps propre lui-même, dans sa réalité biologique ... Le sexisme est un essentialisme: comme le racisme, d'ethnie ou de classe, il vise à imputer des différences sociales historiquement instituées à une nature

*biologique fonctionnant comme un essence de d'où se déduisent implacablement tous les actes de l'existence. Et entre toutes les formes d'essentialisme, il est sans doute le plus difficile à déraciner. En effet, le travail visant à transformer en nature un produit arbitraire de l'histoire trouve en ce cas un fondement apparent dans les apparences du corps en même temps que dans les effets bien réels qu'a produits, dans le corps et dans les cerveaux, c'est-à-dire dans la réalité, le travail millénaire de socialisation du biologique et de biologisation du social qui, renversant la relation entre les causes et les effets, fait apparaître une construction sociale naturalisée (les habitus différents produits pas les différentes conditions sociales socialement construites) comme la justification naturelle de la représentation arbitraire de la nature qui est au principe et de la réalité et de la représentation de la réalité».*⁴

El esencialismo que subyace a la ideología de la «naturalización» y «biologización» de las construcciones socio-históricas de las identidades sociales, ha sido ampliamente discutido para los casos del racismo, la etnicidad, el nacionalismo y más recientemente para el sexismo. Los estudios de género han subrayado de manera contundente que las identidades de género, en las distintas sociedades y culturas, muestran una variabilidad y heterogeneidad tal, que el foco de la reflexión debe dirigirse hacia el análisis y explicación de esta diversidad y no hacia la construcción de unas categorías que por universalizadoras encubren e invisibilizan las formas identitarias de los grupos no hegemónicos. **Los hombres y las mujeres se hacen, no nacen.** Y se hacen de manera diversa no sólo entre ellos sino al interior de las distintas categorías.

Por ello, las identidades de género se deben estudiar como un continuo de formas simbólicas y prácticas sociales a través de las cuales las personas construyen su forma de ver el mundo, de actuar en el mismo, y de resituarse con relación a sí mismos y a su cuerpo. En este sentido y como vengo señalando, la dicotomía del tipo hombre-mujer, con sus características priorizadas, debe ser analizada como un este-

reotipo social que al hegemonizar los rasgos de constitución del complejo sexo-género, permite la reproducción de unas formas sociales que obvian e invisibilizan las relaciones sociales de dominación.

La potencia de los modelos de identidad sexual es tal que, como señalaba P. Bourdieu, constituyen una de las formas más persistentes y naturalizadas de constitución de los pliegues y las materias sobre las que se edifica la imagen corporal individual, a modo de metáfora del orden social. Haciendo aparecer cualquier atisbo de repudio de esta conformación, no como una forma de rebelión ante un constructo socio-histórico, sino como una manera de desorganización de un orden natural aparentemente incuestionable.

«Y se hizo el hombre»: la virilidad (hombría) como forma hegemónica de las masculinidades.

Si nos detenemos más específicamente en el caso de las representaciones hegemónicas sobre la masculinidad en nuestra sociedad podemos señalar que la identidad del hombre se configura, de manera prioritaria, en torno a la constitución de una específica genitalidad y su metafórica social como referente sobre el que se edifica la virilidad. El aparato genital masculino se instituye como el resumen, icono y sustancia de la masculinidad. Las pruebas y angustias con las que se debaten nuestros adolescentes masculinos; en las que se comparan la longitud y potencia del pene, la referencia casi perpetua a la existencia o inexistencia de pene como elemento de diferenciación entre los géneros: son algunos ejemplos que permiten afirmar que, en nuestra sociedad, la identidad del complejo social sexo-género pasa por la asunción e interiorización de las diferencias genitales. Diferencias que al estar valoradas de forma social constituyen uno de los elementos más importantes de reproducción de unas específicas relaciones de desigualdad. Es el valor cultural atribuido a la diferencia el que permite la emergencia y disimulo de la

desigualdad. Al corporizarse en la genitalidad y la naturalización de los atributos correspondientes a hombres y mujeres –es decir en las diferencias físicas– la carga simbólica-cognitiva de construcción de las identidades de género; convierte lo evidente –la diferencia– en excusa de lo existente –la desigualdad–.

La imagen positivamente valorada de la turgencia, impetu, potencia que se asocia con el aparato genital masculino se corresponde con la imagen que en torno a la virilidad –hombría– se construye en nuestra sociedad. La genitalidad masculina se conforma metonímicamente como «el hombre». La elección no es baladí, responde de manera muy acertada a la previa valoración de los elementos que conforman la ideología hegemónica en la sociedad occidental actual. La pasividad del mundo contemplativo no es el modelo adecuado de masculinidad actual, por ello los hombres que lo escogen –los monjes por ejemplo– ocultan bajo faldas su genitalidad. Por el contrario una de las figuras más representativas en nuestro imaginario social del «macho», el torero con su indumentaria altamente ritualizada muestra en todo su esplendor y frente a posibles confusiones por la tela y los abalorios la importancia de la genitalidad masculina –el popularmente denominado «paquete»– con el corte ceñido de su traje.

En contraposición la vagina⁵ y el útero, como órganos en los que se representa la feminidad, son el lugar por excelencia del vacío, la oscuridad y la pasividad. Es decir, la genitalidad como metonimia de las identidades de género opera como un potente focalizador de las desigualdades, que son de esta manera resignificadas como diferencias biológico-naturales. Mientras de los hombres se espera, y se desea la actividad y la operatividad; de las mujeres se espera la pasividad y la inactividad. Y ello se presenta así, como si estuviera sobredeterminado por sus diferentes características fisio-biológicas que previamente han sido culturalmente priorizadas.

Al concentrar la construcción de las feminidades y las masculinidades en la genitalidad no se hace nada más que corporizar lo que previamente ha sido instituido en un universo simbólico-cognitivo como adecuado para cada uno de los sexos-géneros.

La importancia de la genitalidad en la constitución de la identidad masculina hegemónica

tiene su correlato más significativo en las expresiones tan abundantes y recurrentes, en nuestro idioma, a «los cojones». Los testículos, como conformadores del aparato genital masculino, sirven de condensador simbólico de casi todas las expresiones en las que se ponen de manifiesto las formas de comportamiento que se consideran correctas para un hombre. La afirmación de la virilidad, como expresión hegemónica de las masculinidades, pasa por un lenguaje que se refiere de forma significativa y sintomática a su localización en esta parte del aparato genital masculino. «Se hace así por cojones», «es que no tiene cojones», no son más que la forma coloquial de formular hipótesis sobre formas de actuación, en las que los varones, al poner encima de la mesa sus atributos sexuales «primordiales», visualizan de forma práctica las representaciones en torno a los comportamientos adecuados y/o inadecuados.

Si afinamos un poco más, nos daremos cuenta que detrás de estas expresiones se esconde una manera de entender las prácticas sociales relacionales como prácticas no mediadas. La virilidad —o la hombría— no es más que la respuesta a la «llamada de la selva». Los hombres —desde esta ideología—, para serlo y en momentos de tensión, deben responder con esa supuesta *esencia* no mediada por lo socio-cultural, que es su turgencia genital. Por ello no es de extrañar que uno de los fantasmas que de manera más definitiva actúa sobre la identidad masculina, sea el de la impotencia. Si la virilidad como forma de constitución hegemónica y de reproducción de relaciones de poder se concentra en la genitalidad, la insurgencia que implica la impotencia actúa de manera definitiva no ya sobre algo tan evidente como es el pene sino sobre toda representación identitaria de la masculinidad.

El siguiente paso, en la constitución de la masculinidad hegemónica —lo que vengo llamando la virilidad—, es la articulación de las prácticas y las representaciones sociales sobre la masculinidad en torno a la dependencia sin mediación de esta llamada de la selva con respecto a las relaciones intra y entre sexos-géneros. Los procesos de socialización por los que se hace depender la identidad masculina del nivel de testosterona, los testículos o el pene, y su metafóricación en formas y prácticas sociales violentas, arriesgadas y activas implican la

necesidad de pasar por pruebas y rituales en las que dichas conductas sean puestas en evidencia. Muchos de los juegos infantiles y adolescentes masculinos se construyen precisamente en torno a las situaciones de riesgo. El saltar más, pegar más fuerte, correr más rápido, o aguantar más bebiendo alcohol —con grave peligro para la integridad física y mental— son algunas de las formas en las que los niños y los jóvenes aprenden y/o prueban su «virilidad». Con ellas, en definitiva, se hacen hombres. Son la prueba más palpable de que lo *natural* se aprende y por lo tanto no es constitutivo de esencia alguna.

Se señalaba, en líneas anteriores, que los procesos de encarnación de la identidad hegemónica masculina no son neutros ya que implican una de las formas sociales de empoderamiento, que junto a la clase social y la etnia constituyen unas potentes maquinarias de reproducción social de relaciones desiguales. Por ello, uno se debe hacer hombre, y un hombre específico en muchas ocasiones a pesar de sus deseos, para distanciarse fundamentalmente de la constitución hegemónica de lo femenino, entendido como lo pasivo, receptivo, negociador. Uno para hacerse hombre no puede dejar aflorar sus sentimientos —llorar, quejarse, p.e.⁶— si no quiere verse confundido con una mujer o con la imagería más perturbadora del pensamiento homofóbico, un homosexual.

La homosexualidad, femenina o masculina, representa para el pensamiento homofóbico la identidad más marginal y engañadora. Aquella en la que supuestamente se confunden las formas —de un hombre o una mujer— con los deseos —de otro hombre u otra mujer—. Identidad que transgrede, de manera radical, las supuestas dependencias de las construcciones sociales de la identidad sexo-género, de su articulación en lo natural y biológico.

No es, por tanto, de extrañar que las identidades homosexuales, tal y como se señala en los textos cada vez más frecuentes y excelentes sobre este tema, sean las que más han puesto en entredicho las interrelaciones entre las formas de construcciones identitarias y sus dependencias de factores *naturales*. A fin de cuentas l@s homosexuales, y ello a pesar de los numerosos estudios que intentan biologizar la condición homosexual —bien por la falta o la sobra de algo—, son machos o hembras de la

especie humana que no siguen los *supuestos* imperativos a los que dicha condición da lugar. Muestran algunas de las formas de constitución de las masculinidades y feminidades no hegemónicas y/o marginales; aunque en muchas ocasiones las reproducen de forma interesante. En definitiva, introducen elementos de confusión en las, aparentemente, bien construidas identidades contrapuestas.

De forma interesante e interesada la homosexualidad —cuando no se hace depender de factores biológicos— se presenta, en muchas ocasiones, como el resultado de la labor llevada a cabo por los movimientos feministas. La acusación popular, ampliamente compartida en el imaginario social, de que las feministas en el fondo son o lesbianas, o hembras no satisfechas puede ser un ejemplo, de lo anterior. Así lo verbalizaba, recientemente, un ilustre colega, con un cierto punto de pánico: «las madres feministas estáis haciendo de vuestros hijos unos maricones». Indicando con dicho comentario que no es tanto la homosexualidad una de las posibles formas de identidad de sexo-género y/o la respuesta a la libertad de elección de la pareja sexual, sino la forma en la que el movimiento feminista está poniendo en entredicho los sólidos pilares de la identidad masculina hegemónica. El ideario homofóbico se redondea en estos dos ejemplos. De un lado mostrando su rechazo ante la diversidad y la diferencia; de otro consolidando el modelo patriarcal al culpabilizar al movimiento feminista de los supuestos males que engendra la «confusión».

«No tienes c...»: La virilidad como factor de riesgo para la salud

Apuntaba, al principio de este artículo, que las identidades de género se establecen de forma relacional, al interior de la misma categoría y en relación con la identidad contrapuesta. Pues bien la constitución hegemónica de la masculinidad, la virilidad, se construye, principalmente como uno de los elementos más importantes de visualización de los valores hegemónicos de la sociedad occidental. El **riesgo, la valentía, la**

acción directa, son algunas de las características que definen positivamente las formas de actuación de la sociedad occidental del fin del milenio.

Nuestros héroes o heroínas modern@s son los brokers que en pocos minutos toman decisiones arriesgadas que pueden consolidar o hundir fortunas. Los Indiana Jones o las Tenientes Ripplies —protagonista femenina de Alien— que asumen riesgos importantes en situaciones extremas. Los jóvenes que hacen puenting, rafting, o que se juegan la vida en apuestas de velocidad motorizada. Es decir, aquellos que responden de forma prioritaria a las formas hegemónicas de la constitución de la identidad masculina⁷.

Ya no se lleva «el macho antiguo»⁸, pero «el nuevo hombre» comparte muchos de los atributos inherentes a la vieja constitución de la masculinidad. Han cambiado las formas de comportamientos pero ¿es cierto que han cambiado tanto los elementos esenciales? El «nuevo hombre» del que se empezó a hablar en los años 80, no es en el fondo una versión más sofisticada del «viejo macho»? Los nuevos modelos que podemos observar en la publicidad, por ejemplo, nos muestran unas formas iconográficas que se corresponden con las musculaciones propias de los modelos de virilidad más evidente. En un mundo en el que lo importante es el envoltorio, éste rearticula las formas de constitución de las representaciones de la «hombría». Es cierto que de estos modelos iconográficos se esperan comportamientos y prácticas más suaves —estos nuevos machos sostienen bebés en sus brazos a los que miran con ternura— pero en nuestro mundo posmoderno lo importante es la apariencia, no la esencia.

Se terminó la época de «el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso», en el que la forma de diferenciación pasaba por la emergencia de la fealdad masculina en la que se instituía una masculinidad primaria comportamental asociada a una violencia sin mediación. Hoy esta virilidad está trasnochada o es propia de clases sociales desfavorecidas. Los hombres deben ser virilmente hermosos. Y ello pasa por la constitución de unos cuerpos en los que se vuelven a articular las formas sociales emergentes de la vieja virilidad, ahora traducida en músculos. Del nuevo hombre —aquel que representa sobre todo a las clases sociales

altas— se espera que se cuide de su apariencia, pero que sea capaz, al mismo tiempo, de asumir el riesgo de la vida moderna. Puede que no sea tan primario en su comportamiento cotidiano pero tiene que ser una vez más arriesgado, valiente, implacable y activo. Los viejos valores con nuevos envoltorios.

La virilidad, como forma hegemónica de la masculinidad se puede analizar como un factor de riesgo para la salud. Evidentemente, factor de riesgo para el entorno, como ponen de manifiesto las escalofriantes cifras sobre maltrato doméstico por parte de maridos y padres. Pero también factor de riesgo para los propios varones. La constitución de la masculinidad antigua y de la nueva en torno a la valentía, al riesgo implica que el análisis de los accidentes laborales, festivos, de interrelación entre pares, deban y tengan que ser estudiados no como el resultado de conductas individuales peligrosas sino como respuestas a «estilos de vida». Estilos de vida en los que la masculinidad asociada a la valentía y al riesgo —«no tienes cojones para hacerlo»— conducen a accidentes mortales y a tasas de morbilidad que deben ser entendidas en relación con las formas sociales de encarnación de la identidad masculina. A algunas de ellas he hecho referencia al subrayar los procesos de socialización masculina.

«El que paga manda»: De Sida, preservativos y hombres

Un ejemplo etnográfico muy adecuado para el análisis de la virilidad como factor de riesgo es el estudio del comportamiento que tienen los clientes de la prostitución callejera femenina, en el contexto español, en referencia a la utilización del preservativo.⁹ Los diferentes estudios epidemiológicos sobre el SIDA en España ponen de manifiesto que aunque la mayor prevalencia en la transmisión del virus sigue siendo la del contagio por compartir jeringuillas infectadas, el número de contagios por relaciones sexuales heterosexuales está creciendo de manera significativa. Ante la emergencia de estos datos epidemiológicos se articularon proyectos de educación para la salud

en los que el preservativo jugaba un papel de importancia capital para evitar la transmisión del virus y que tuvieron como núcleo de actuación, entre otros, el colectivo de mujeres que trabaja en la prostitución en condiciones de mayor desprotección: es decir la prostitución callejera.

La elección de este colectivo —pese a que podía pensarse que otras formas de relación heterosexual, mercantilizada o no, entrañaba mayores riesgos de contagio— sirvió para sobre-estigmatizar a un colectivo de mujeres altamente estigmatizado. Al hacerlas responsables, a través de los programas de educación para la salud, de evitar la no transmisión del virus en sus relaciones sexuales-laborales¹⁰ se les transmitió la imagen de depositarias, una vez más pasivas, del virus. El objetivo no declarado pero manifiesto de los programas, no era tanto la salud de las mujeres que trabajan en la prostitución en la calle y su posibilidad de contagio, como la atenuación de los efectos del virus en la población «normal». Ellas debían saber la importancia de utilizar el preservativo para no contagiar al resto de la población.¹¹

En el estudio que realizamos, se puso claramente en evidencia que los programas de educación para la salud, si realmente querían cumplir ese objetivo estaban desenfocados en cuanto al colectivo que deberían dirigirse. Las mujeres que trabajan en la prostitución callejera saben claramente la conveniencia de utilizar el preservativo en sus relaciones sexuales-laborales, no sólo por el Sida, sino por la incidencia para su salud de todo tipo de enfermedades de transmisión sexual. En consecuencia, si por ellas fuera, realizarían su trabajo siempre con preservativo. ¿Cuál es entonces la dificultad? La que se articula con respecto al auténtico colectivo de riesgo, es decir: los clientes. Los hombres que compran los servicios sexuales de la prostitución y que de manera sistemática se niegan a utilizar el «condón» en sus prácticas sexuales mercantilizadas. Para entender esta negativa, que tantos riesgos entraña para la salud, es necesario retrotraernos a las formas en las que se articula la virilidad, más arriba señaladas, y que se muestra en toda su crudeza en el complejo sexo-prostitución.

El complejo de la prostitución femenina es especialmente fecundo para el análisis de las

formas de constitución de las identidades de sexo-género. Condensa de manera muy significativa las formas de empoderamiento y encarnación de las relaciones entre géneros. Representa de manera paradigmática los estereotipos de la virilidad y de la feminidad (en su vertiente maligna pero no por ello extraña a las construcciones de las feminidades –es interesante observar en este sentido las formas en las que las mujeres disfrazan su cuerpo como objeto de deseo y compra–). Y en este sentido aún siendo una de las formas más construidas de relación sexual presupone desde el imaginario masculino la más intensa, potente y poderosa forma de mostrar su poder y su virilidad sobre las mujeres, convertidas en objeto de deseo –peligroso por aparentemente no mediado–. La monetarización de la relación sexual-laboral que se da en la prostitución constituye una de las formas más refinadas, aunque no la única, de convertir el objeto de deseo, en este caso una mujer, en mercancía. Es decir de construir un objeto sin sujeto.

Si la relación sexual mercantilizada se instituye desde el mundo de las representaciones y el imaginario social (masculino fundamentalmente) como un potente referente de la sexualidad desinhibida –no olvidemos que en la prostitución es donde más claramente la sexualidad está desvinculada de la reproducción– el preservativo introduce un elemento de racionalidad, de inhibidor del deseo y el disfrute que es, claramente, incoherente con el complejo en el que se inserta. Desde la construcción hegemónica del deseo sexual masculino, y su focalización una vez más en la genitalidad y la penetración, el preservativo se instituye en un factor extraño que impide la plena realización de un deseo que se presenta como natural. La utilización de una «funda» que encorseta aquello que representa el culmen de la virilidad es incoherente en una relación en la que se paga, precisamente, para demostrar y demostrarse que se tiene poder.

La negativa a utilizar preservativo por parte de los clientes de la prostitución femenina es una de las formas en las que se presenta más crudamente la existencia de una correlación entre las formas hegemónicas de las masculinidades y los riesgos para la salud. Por ello, las mujeres que trabajan en la prostitución generan, de manera muy inteligente, sus propias

estrategias –como suele suceder con todos los colectivos desfavorecidos– para intentar, desde los valores hegemónicos que conocen bien, cambiar los comportamientos de sus clientes.¹²

Las estrategias de educación para la salud deberían trabajar, a la manera de estas mujeres, con las representaciones y los comportamientos que son constitutivos de los estilos de vida y que dependen principalmente de las formas sociales de reproducción social. En este caso particular de unas específicas relaciones sociales de reproducción de identidades de género.

Conclusiones

Ha sido puesta de manifiesto¹³ la importancia que para el estudio de las identidades masculinas han supuesto los estudios que, desde perspectivas feministas, trabajaban por elaborar unos nuevos modelos explicativos y analíticos sobre las formas de ser y hacerse mujer/es. Como contrapunto de dichos estudios, y toda vez que algunos de ellos al centrarse en las formas de las identidades femeninas dejaron sin deconstruir la categoría «hombre», se empiezan a elaborar nuevas perspectivas –desde mediados de los 80– en las que, fundamentalmente, se pone de manifiesto la necesidad de complejizar dicha categoría, y sobre todo trabajar, a través de los estudios históricos y de comparación intercultural, las diversas formas de masculinidades y sus dependencias de factores socio-históricos de perpetuación o/y cambio. Ello es, desde mi punto de vista, especialmente relevante en momentos, como los actuales, en los que los modelos hegemónicos de feminidad y masculinidad están siendo contestados en las sociedades occidentales y las perspectivas de consolidación de las alternativas, todavía, no están claramente especificadas.

En el nuevo milenio que ha sido definido, en ocasiones, como el siglo de las mujeres, no sólo se debería reflexionar sobre la redefinición de las prácticas y representaciones sobre las feminidades, sino consecuentemente se debería abordar el estudio de las formas socialmente constituidas de construir las masculini-

dades. Las representaciones y prácticas que se articulaban sobre el antiguo «macho» están en declive, y como en todo proceso confuso se producen angustias. Los hombres están asustados. La solución no puede ser el encapsulamiento en viejos estereotipos. Aunque algunas airadas respuestas, de hombres y mujeres, reclamen la vuelta a un supuesto paraíso perdido, entre tanta confusión.

Entre todos debemos ser capaces de formular nuevas maneras de relacionarnos y construir nuestras identidades. Para ello no sería malo que empezáramos a mirar esas otras formas de masculinidades que siempre hemos tenido a nuestro lado y que sin ser hegemónicas se han encarnado en los hombres reales —en cada uno de ellos— que, en la mayoría de las ocasiones, han tenido que forzar sus propios deseos para convertirse en un ideal estereotipado ya en declive. Consigamos que los hombres y las mujeres nos constituyamos como tales en aquello que es lo más específicamente característico de la humanidad: **la diversidad**. Las nuevas formas sociales nos invitan a ello. El signo de los tiempos juega, por tanto, a nuestro favor. No desaprovechemos esta oportunidad.

NOTAS

* Este artículo fue la base de una conferencia del seminario dirigido por M.^a Ángeles Durán titulado «Nuevos objetivos de igualdad en el siglo XXI».

¹ Citado en Weeks, J. *Sexualidad*. 1998. Paidós. p. 47.

² Especialmente relevante es la aportación de Foucault, M. (1982) En un texto inaugural, y hoy ya clásico, en el que se estudian las formas históricas de los constructos socio-culturales de la sexualidad *Historia de la Sexualidad, I. La voluntad del saber*. Siglo XXI. México, señala «La sexualidad no debe pensarse como un tipo de hecho natural que el poder trata de mantener controlado, ni como un dominio oscuro que el conocimiento trata de descubrir gradualmente. Es el nombre que puede darse a un **constructo histórico**».

³ En su excelente texto «Gender, power and Anthropology», Cornwall, A., & Lindisfarne, N. (1994) señalan como una de las contribuciones del castellano al inglés ha sido el de la incorporación del término «macho» a este idioma. Al mismo tiempo realizan un estudio comparativo en el que se pone de manifiesto la diversidad de significados, representaciones y prácticas que incorpora dicho término y que van desde el comportamiento altamente ritualizado del hombre duro del modelo gay anglosajón, hasta los modelos violentos y agresivos del «macho» mexicano, hasta los elementos de seducción que incorpora el modelo de «macho» argentino.

⁴ «A través de un trabajo constante de elaboración, de Building, el mundo social construye el cuerpo, a la vez como realidad sexuada y como depositario de categorías de percepción y de apreciación sexuales, que se aplican al propio cuerpo, en su realidad biológica. El sexismo es un esencialismo: como el racismo, de etnia o de clase, pretende imputar diferencias sociales históricamente instituidas a una naturaleza biológica que funciona como una esencia de la cual se desprenden de manera implacable todos los actos de la existencia. Y entre todas las formas de esencialismo, es sin duda el más difícil de erradicar. En efecto, el trabajo que pretende transformar en naturaleza un producto arbitrario de la historia encuentra en este caso un fundamento aparente en las apariencias del cuerpo al mismo tiempo que en los efectos muy reales que ha producido, en los cuerpos y en los cerebros, es decir en la realidad, el trabajo milenario de socialización de lo biológico y de biologización de lo social que, al invertir las relaciones entre las causas y los efectos, presenta una construcción social naturalizada (los hábitos diferentes producidos por las diferentes condiciones sociales socialmente construidas) como la justificación natural de la representación arbitraria de la naturaleza que está en el principio al mismo tiempo de la realidad y de la construcción de la realidad».

⁵ Ver Ardener, S. (1987). Caplan, P. (ed.).

⁶ Otegui, R. (en prensa), hago un análisis de las formas socialmente construidas con respecto al dolor y al sufrimiento por géneros.

⁷ Es interesante que el adjetivo que en inglés designa a la persona valiente y resuelta sea manful. Literalmente hombre íntegro, pleno.

⁸ En la espléndida película española «Solás», podemos observar de manera muy descriptiva la contraposición entre el modelo del macho antiguo, representado por el marido de la protagonista y asociado claramente a una dependencia de constitución de identidad de género y clase social, y otro modelo de masculinidad más comprensivo y adaptado a las exigencias de una clase urbana y más ilustrada.

⁹ En el estudio que realizamos sobre prostitución femenina callejera Otegui, R. y Saiz, A. (1991) se estudian las resistencias de los clientes en la utilización del preservativo y las estrategias de las mujeres que trabajan en la prostitución para que lo usen. Por su parte Hart, A. (1994) ha trabajado con colectivos de clientes de prostitución callejera en Alicante, llegando a conclusiones muy similares. Véase «Missing masculinity? Prostitute's clients in Alicante, Spain». En *Dislocating Masculinity*. Op. Cit. Ó Hart, A. «Risky Business? Men Who Buy Heterosexual Sex in Spain». En (1995) Brummelhuis, H. & Herdt, G. Eds. *Culture and Sexual Risk. Anthropological perspectives on AIDS*.

¹⁰ Como ha señalado Grimberg, M. (1999) El Sida se construye sobre la estigmatización y es un potente articulador y reactivador de la misma.

¹¹ Amelia Saiz (1991) ha analizado cómo las mujeres que trabajan en la prostitución callejera, se defienden de la sobre-estigmatización vinculando el Sida y su contagio a otros colectivos.

¹² Véase Otegui (1991).

¹³ En la bibliografía anexa, y en los textos sobre masculinidad y sexualidad que aparecen sobre todo a finales de los 80 se pone de manifiesto esta correlación.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMEIDA, M. V. De (1995): *Senhores de si. Uma interpretação antropológica da masculinidade*. Lisboa, Fin de Século.
- ARDENER, S. (1987): «A note on gender iconography. The vagina.» En *The cultural construction of sexuality*. Caplan, P. (ed.)
- BRANDES, S. (1991): *Metáforas de la Masculinidad. Sexo y estatus en el folklore andaluz*. Taurus Humanidades.
- BOURDIEU, P. (1990): «La Domination Masculine». En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n. 84, sep., pp. 2-31.
- BROD, H. (ed.) (1987): *The Making of Masculinities. The New Men's Studies*. Boston, Allen & Unwin.
- BRUMMELHUIS, H. & HERDT, G. (eds.) (1995): *Culture and Sexual Risk. Anthropological perspectives on AIDS*. Gordon and Breach Publishers.
- CAMPBELL, C. (1995): «Male gender roles and sexuality implications for women's Aids risk and prevention» en *Social Science and Medicine*. Vol 41, n.º 2, pp 197-210, Gran Bretaña.
- CAPLAN, P. (1995): *The Cultural Construction of Sexuality*. Londres y Nueva Yor. Routledge.
- CONNELL, R. W. (1993): *Gender and Power*. Britain, Polity Press
- CORNWALL, A. & LINDISFARNE, N. (1994): *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*. Londres y Nueva York, Routledge.
- FOUCAULT, M. (1982, 1986, 1987): *Historia de la Sexualidad. 1 La Voluntad de Saber. 2 El uso de los placeres. 3 La inquietud de sí*. México-España, Siglo XXI.
- GILMORE, D. D. (1994): *Hacerse Hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Paidós
- GRIMBERG, M. (1997): «Entre saber y actuar. Relaciones de género y prevención del Vih-sida», *Segunda reunión de Antropología del Mercosur*. Piriapolis.
- GRIMBERG, M., CARROZZI, B., LAHITTE, L., MAZZATELLE, L., OLROG, C. y RISECH, E. (1997): «Modos y trayectorias de vida, una aproximación a las relaciones de género». *Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata*. Universidad Nacional de Rosario.
- GRIMBERG, M. (1995): «Sexualidad y construcción social del Sida. Las representaciones médicas». En *Cuadernos Médico Sociales*, 70, Rosario.
- (1995): «El problema de la mujer en la construcción médica del Vih-sida». En *Desidamos*. Revista de la Fundación para Estudio e Investigación de la Mujer/FEIM. Año 3, n.º 1, abril de 1995.
- GUTMANN, M. C. (1997): «The ethnographic (g)ambit: women and the negotiation of masculinity in Mexico City». En *American Ethnologist* 24 (4), pp. 833-855.
- (1997): «Trafficking in men: The Anthropology of Masculinity». En *Annual Review of Anthropology*, 26. pp. 385-409.
- HART, A. (1995): «Risk Business?. Men Who Buy Heterosexual Sex in Spain», en Brummelhuis, H. & Herdt, G (eds.) *Culture and Sexual Risk. Anthropological perspectives on AIDS*.
- HÉRITIER, F. (1996): *Masculino/ Femenino. El pensamiento de la diferencia*. Barcelona, Ariel.
- OTEGUI, R. (en prensa): «Las fuentes sociales del dolor: el sufrimiento». En *Los factores socioculturales de la Salud y la Enfermedad*. Barcelona, Bellaterra.
- (1991): «Antropología y Educación para la Salud: El uso del preservativo en la prostitución callejera», en *Jano*
- SAIZ, A. (1991): «El Sida y sus imágenes en la prostitución callejera», en *Jano*
- STRATHERN, M. (1997): «Gender: division or comparison?» En *Ideas of Difference: Social spaces and the labour of division*. Oxford, Blackwell Publishers.
- VENDRELL, J. (1999): *Pasiones Ocultas. De cómo nos convertimos en sujetos sexuales*. Barcelona, Ariel.
- WEEKS, J. (1996): «Telling stories about men». En *The Sociological Review*. 44 (4), pp. 747-756.
- (1998): *Sexualidad*. Paidós, Género y Sociedad.